

Discurso de aceptación Medalla de Oro de la Arquitectura  
Guillermo Vázquez Consuegra  
24 de noviembre de 2016

Excelentísimas autoridades  
compañeros, queridos amigos

En mi visita ya lejana a Chandigarh pude comprobar que no solo los grandes edificios construyen la ciudad sino que cada edificio contenía la ciudad misma. En los muros del Museo, Le Corbusier dejó escrito un texto que anoté en mi cuaderno de dibujo: "La única atmósfera posible para llevar adelante un trabajo creativo es aquella donde estas cualidades prevalezcan; regularidad, modestia, continuidad, perseverancia". Este pensamiento junto a la convicción de que la arquitectura no es solo una profesión sino que implica la vida se ha convertido desde entonces en mi actitud vital.

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento al Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos y al jurado que decidió otorgarme esta distinción, así como a los Colegios de Arquitectos de Málaga, Córdoba, Jaén, Sevilla y el Consejo Andaluz que propusieron y apoyaron mi candidatura.

Me gusta pensar que este premio no sea solo el reconocimiento a mi trayectoria profesional sino también la valoración de una actitud frente a la manera de entender la arquitectura y la profesión.

Me siento profundamente honrado y agradecido por esta distinción que me permite formar parte de este reducido grupo de arquitectos, los grandes nombres de la arquitectura nacional e internacional, por los que siempre he sentido una venerada admiración y que todos ellos, sin excepción, han constituido para mi horizontes continuados de referencia.

Por mi relación personal no puedo dejar de destacar de esta lista de grandes maestros a los arquitectos Alvaro Siza y Rafael Moneo que jugaron un papel relevante en mis comienzos y con los que he

tenido el privilegio de mantener una continuada relación en el transcurso de los años. Fue, quizá, Siza el primero que me transmitió la fuerza del amor a mi trabajo y es, sin duda, uno de los arquitectos a los que invoco en tantos momentos de turbación y desánimo. A Rafael Moneo le he seguido siempre con respeto, admiración y reconocimiento a su excepcional magisterio. Ambos, con sus obras y escritos me han inspirado continuamente y han contribuido de forma considerable a mi formación como arquitecto. Aunque debo decir, porque la arquitectura es un arte de frontera y necesita savia de tantas partes, que siempre he intentado aprender de todos mis amigos, que no siempre eran arquitectos sino también artistas, pintores o escritores.

La arquitectura es también una experiencia participada y compartida, por ello también quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todas aquellas personas que a lo largo de mi vida han contribuido con su esfuerzo, dedicación y entusiasmo a hacer realidad los proyectos y por supuesto a mi familia, cuya colaboración, cariño y apoyo han sido siempre extraordinarios y decisivos.

Debo ahora expresar un agradecimiento muy especial a Víctor Pérez Escolano por sus elogiosas palabras en la Laudatio, fruto más bien de su generosa amistad de tantos años que de mis propios méritos.

Me siento orgulloso y feliz por ser distinguido al mismo tiempo que Víctor López Coteló, arquitecto al que siempre he seguido y admirado por su extrema sensibilidad y coherencia en su magnífica obra construida, así como por su brillante carrera docente.

Formamos parte de una generación de arquitectos que tuvo la inmensa fortuna y la gran responsabilidad de construir un país en el periodo de restauración de la democracia, que dió lugar a la mayor transformación del territorio español que se haya producido jamás en nuestra historia. Esta alta distinción que hoy recibo me gustaría hacerla extensiva a los arquitectos de esta generación que contribuyeron con una arquitectura de pocos medios pero de una gran calidad a la reconstrucción del tejido social y al reequilibrio territorial del país, y que con toda seguridad obtendrán este galardón en próximas convocatorias.

Los azares del destino me han llevado por distintas ciudades y lugares si bien nunca he dejado mi ciudad, Sevilla. Mirando hacia atrás constato que la mayor parte de mi obra se encuentra en otras ciudades, incluso mi trabajo docente que se inició en la Escuela de Arquitectura de Sevilla se proyectó pronto a la Complutense, a Lausanne, Venecia, Bolonia o Mendrisio.

Y tengo que agradecer a la arquitectura, instrumento imprescindible para entender la sociedad y el mundo, la oportunidad de pensar y reflexionar en lugares tan distintos y con experiencias tan diversas sobre la realidad y el sentido de las cosas a través de las ciudades.

Si Siza y Moneo fueron importantes en el arranque de mi actividad profesional el encuentro con Aldo Rossi en esos mismos años fue decisivo. Fue Rossi quien nos hizo mirar atrás, a la ciudad tradicional entendida como expresión formal de la historia y referencia fundamental para todo proyecto contemporáneo de arquitectura.

Siempre he creído en la arquitectura cívica con una fuerte implicación urbana y en la idea que comparto de que es más importante la ciudad, la acción colectiva más hermosa de la humanidad, que las arquitecturas entendidas como hechos aislados. La dimensión urbana de la arquitectura, la cualidad urbana de lo construido, ha influido enormemente en mis proyectos hasta el punto de convertirse en un tema recurrente que transita de forma obsesiva por todos ellos.

Las grandes arquitecturas, más allá de su tamaño y función, responden a la responsabilidad de ser capaces de insertarse con naturalidad en el transcurso de la historia, depositando su tiempo en la ciudad. No debemos olvidar que las ciudades no son solo sus grandes monumentos sino más bien sus tejidos frágiles y delicados que se construyen en el tiempo. No estamos llamados a proyectar simplemente obras singulares sino a proyectar espacios que con el hombre se transforman en lugares.

Por eso en los proyectos me interesa ocuparme de los límites, de los espacios de frontera entre público y privado, interior y exterior, arquitectura y ciudad: espacios de intermediación, de tránsito entre la arquitectura y la calle, espacios de ciudadanía, espacios

perdidos de la mediterraneidad que me gusta recuperar para la arquitectura contemporánea. Es en esta intensa relación donde se produce, a mi entender, la calidad de una buena arquitectura, porque los edificios no son islas sino puentes: puentes entre pasado y futuro, entre invención y memoria, puentes entre culturas.

También la relación con la naturaleza ha sido siempre un tema importante de trabajo en mis proyectos. Tal vez sean los recuerdos de mi infancia, pero las atmósferas de los jardines entre altos muros y en los patios me han fascinado. He procurado siempre abrir la arquitectura a la abundancia de la naturaleza. De nuevo, en los límites, ahora entre arquitectura y naturaleza, siento que todo se intensifica.

La arquitectura es la única forma de arte que nos envuelve, que nos rodea, que el hombre habita. El arquitecto tiene una gran obligación cuando construye. Por eso deseo haber construido y seguir construyendo lugares que acompañen a las personas en los momentos importantes de la vida, intentando construir la normalidad. Siempre me interesó la normalidad más que lo extraordinario.

En mi trayectoria ha primado siempre el valor de lo público, de los lugares donde la sociedad puede tomar conciencia de lo que es, lugares para pensar, capaces de potenciar la imaginación, la invención y los sueños de los ciudadanos. Tengo la convicción profunda de que el futuro de nuestras ciudades reside en estos espacios colectivos, capaces de construir ciudades más participativas, más democráticas y más libres. Hoy estos espacios públicos en los centros de nuestras ciudades se están convirtiendo en espacios de consumo y han perdido ya su carácter cívico.

Siempre he asumido la búsqueda constante, la exploración continuada, el mirar en la oscuridad, como una actitud vital. La arquitectura como un camino de aprendizaje y descubrimiento. He aprendido a entender la forma de mirar las cosas, a buscar la profundidad al mirar y observar y así he logrado aprender también de la atenta y continua observación, que es la base del conocimiento y de la erudición para un arquitecto.

Me gusta observar el mundo que me rodea, intenso y apasionante, que cambia tan velozmente, porque es la materia de nuestro

trabajo, pero protegido en un paisaje de resistencia que he venido construyendo con los años en este ejercicio constante de independencia que ha sido mi trayectoria profesional. La resistencia, también el riesgo, son herramientas imprescindibles en nuestro trabajo.

Necesitamos resistir, las cosas no están mejorando y las condiciones son cada vez más difíciles. Pero al mismo tiempo tenemos que asumir que las cosas han cambiado y ya no podemos hacer arquitectura como en nuestros comienzos.

En estos años de incertidumbres que tienden a disociar la arquitectura de su valor de cultura y en los que el arquitecto aparece ya como un agente más en el proceso constructivo, habiendo perdido su condición de organizador de los conocimientos de los especialistas, se hace necesario reivindicar ante la sociedad la arquitectura como hecho cultural. Habrá que construir nuevas reglas en las que los tiempos largos propios de la arquitectura, necesarios para llevar a cabo un trabajo con rigor, prevalezcan sobre los tiempos cortos de la economía, para que la arquitectura pueda adquirir el valor de permanencia que le es intrínseco, o al menos así lo siento, con el deseo de que nuestro trabajo sea útil a las próximas generaciones.

La distinción que hoy recibo supone para mí un gran honor pero al mismo tiempo una gran responsabilidad y una mayor, si cabe, autoexigencia. Espero ser capaz de continuar mi trabajo con la misma dedicación, modestia y perseverancia para ser digno de tan preciado galardón.

Muchas gracias